

Sergio González Rodríguez:

su campo de guerra

Por Ignacio Herrera Cruz

Foto: wikipedia.org

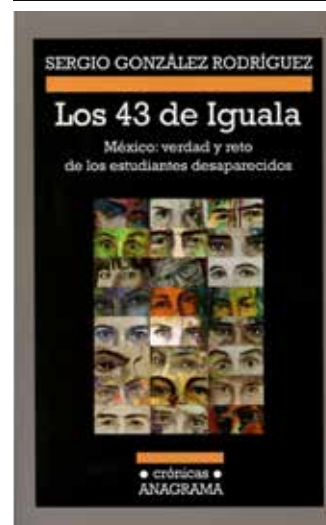


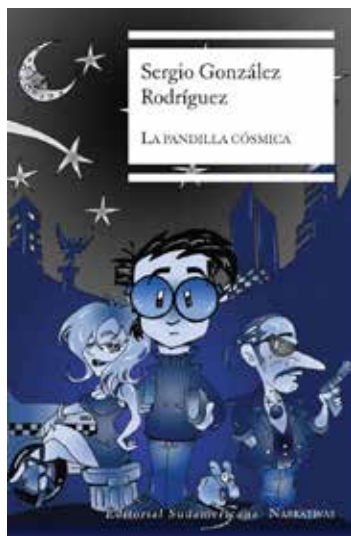
En 1979, la editorial Premiá, en uno de esos ejemplares que se deshojan con suma facilidad, dio a Sergio González Rodríguez la redacción del prólogo de las cartas de amor de James Joyce a su esposa Nora Barnacle. ¿Qué lo llevó a convertirse en un famoso escritor de temas políticos y de violencia?

En algún momento, Octavio Paz mencionó la fascinación de la muerte como tema en algunos escritores mexicanos (Gorostiza, Villaurrutia y Montellano). En el caso de González Rodríguez, y en la mayor parte de los escritores contemporáneos, este tó-

pico se ha filtrado a través de lo que él mismo etiquetó como la fronterización del país, esto es, un proceso mediante el cual los organismos criminales no están subordinados al Estado, sino que se convierten en éste. El caso más grave lo vimos en Iguala, en donde el imperio del crimen era la ley.

El viernes 17 de marzo, la última vez que lo vi con vida, caminamos en la noche por las calles de la colonia Condesa, a la que estuvo ligado desde su juventud y en donde hizo amigos perdurables; mi charla con Sergio, tras discutir de cine, literatura y política,





terminó cuando lo fui a dejar a su casa y recomendarle, como siempre, que dejara de escribir sobre asuntos riesgosos y se enfocara en narrar una novela que abarcara la Ciudad de México desde los años 70 hasta estos años adolescentes del siglo XXI. Su respuesta me llegó a través de la primera página de *Los 43 de Iguala* (2015): “Debo hablar de lo que ya nadie quiere hablar. Contra el silencio, contra la hipocresía, contra las mentiras, habré

de decirlo. Y lo hago porque sé que otros como yo, en cualquier parte del mundo, comparten esta certeza: el influjo de lo perverso ha devorado la civilización, el orden institucional, el bien común”.

Su trayecto hacia la descripción y el entendimiento de la barbarie lo condujo a través de una odisea personal que casi le cuesta la vida, relatada en su novela *La pandilla cósmica* (2005). Tras ese acercamiento a la muerte, y tras exorcizarla de alguna manera en *Huesos en el desierto* (2002), abordó el tema de la inquietud nacional y lo desmenuzó en cuatro libros que retomaremos brevemente por orden de aparición.

En *El hombre sin cabeza* (2009) afirma: “Contra la ideología de lo ‘indecible’, lo ‘inenarrable’, lo ‘incomprensible’, en otras palabras, el imperio de lo arcano, se requiere exponer e imaginar la barbarie para contrarrestarla”. Así, nos lleva a un paseo extraño que comienza en Acapulco, en donde, al parejo de las atracciones de la playa, se desarrolló un combate soterrado de tremenda violencia, que de repente era imposible de ignorar: “La guerra de los traficantes de droga llegó a su clímax aquí cuando aparecieron restos de cuerpos descuartizados y decapitaciones”.

Aunque Guerrero ha estado signado por la violencia, tanto entre sus habitantes, como el Estado y la guerrilla o el crimen organizado, para él esto era síntoma de un nuevo grado de descomposición: “En los últimos veinte años en México, el uso de los cuerpos como mensajes se incre-

mentó conforme las actividades de los traficantes de droga se volvieron públicas. Antes su tarea era silenciosa y oscura”.

A partir de allí efectúa una relación de hechos brutales en la que el contexto ritual-simbólico y concreto, desmoralizador y escalofriante de los mismos, las decapitaciones y los desmembramientos, se vuelven una estética de la sensación.

Si el fin de los narcotraficantes era implantar el Terror, con mayúscula, lo han logrado. Las noticias en su primitiva brutalidad casi han dejado de conmovernos. Diversos hechos violentos, que serían un escándalo de grandes proporciones, se disuelven en medio de situaciones grotescas.

De esta manera, *El hombre sin cabeza*, a caballo entre el reportaje y el ensayo, es un libro indispensable, de angustiosa lectura para incitarnos a detener este horror.

Continúo con un texto de mayor profundidad, teórica y analítica, del



fenómeno de la violencia: *Campo de guerra* (2014), Premio Anagrama de Ensayo. De entrada, Sergio nos advierte: “Aquí se hablará del plan estratégico de militarización del mundo, del modelo global de control y vigilancia y del campo de guerra en México a principios del siglo xxi, cuyo caso presenta diversos factores, agentes, circunstancias, procesos y tendencias que están lejos de ser privativos de este país”.

Lo que busca y logra el autor es dar un paso al frente y enmarca el narcotráfico y la violencia en tendencias multinacionales de nuestro vecino del norte; aquí desarrolla su concepto del *an-Estado*, en el cual lo formal es un simple parapeto para sucesos y acciones que afectan la vida cotidiana de millones de personas.

Sergio es audaz y convincente cuando nos explica que en México se vive un proyecto de desestabilización, donde las acciones paramilitares son el pan de todos los días; de la misma manera, es un provocador, aunque para refutarlo hay que leerlo, entenderlo y colocarse a su nivel. *Campo de guerra* es un texto que no pretende serlo y nos desafía a hincarle el diente para encontrarle el sabor.

El robo del siglo (2015), por otro lado, es un reportaje más convencional, pero el autor nos pide ser precavidos: “Este libro es una novela sin ficción y mantiene semejanzas obvias con los géneros periodísticos, en particular el reportaje y la crónica; al mismo tiempo, ostenta diferencias significativas con ellos”. Aquí el reportero sigue el dinero, la fortuna millona-

ria que se le decomisó a un empresario chino. Sergio concluye de manera devastadora: “Cuestionado sobre el caso de Zhenli Ye Gon, un funcionario de seguridad pública federal afirmó en privado: ‘Los hechos hablan por sí solos, todo ha sido para quedarse con el dinero del chino’. El robo del siglo”.

El cuarto libro es *Los 43 de Iguala* (2015), una crónica sobre la desaparición de los estudiantes de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa, en Iguala, Guerrero, el 26 de septiembre del 2014. En su labor periodística, Sergio encontró que los estudiantes también participaban del desdén por las instituciones en su propia *a-legalidad*, lo que no exime de responsabilidades a autoridades corruptas. *Los 43 de Iguala*, a mi parecer, es un libro incompleto porque no lo maduró lo suficiente.



Previo a estos cuatro libros, hay que recordar la gran fuerza que tuvo *Huesos en el desierto*. Fue un proyecto de muchos años, cuyas piezas fueron encajando con precisión. En este caso, y sin quitarle valor al trabajo de Sergio, hay datos, documentos y un grito desde lo más profundo por esta tragedia que se pudo haber evitado, si las instituciones funcionaran. Quizá nuestro autor pudo haber esperado un año más para encuadrar este caso en sus mapas teóricos más complejos.

Un poco antes, *Los bajos fondos* (1990) fue la obra que lo colocó en el panorama ensayístico nacional. González Rodríguez escribió: “Los escritores mexicanos en diferentes tiempos y circunstancias precisas han vivido la literatura entre dos extremos: ser guías o proscritos iluminados... Siempre padecieron una realidad escabrosa de tensiones, desdenes, hostilidades y a la vez estuvieron en el centro de los intereses del poder”.

La tetralogía de la violencia con la que Sergio González Rodríguez nos fascinó, horrorizó, desmoralizó e hizo que exigiéramos nuestros plenos derechos como ciudadanos lo sitúan como uno de los intelectuales indispensables, por lo que lamentamos aún más su ausencia prematura. ⑩



Ignacio Herrera Cruz es maestro en Comunicación por la Universidad Panamericana y ayudante de profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Colabora en la revista *Etcétera* desde su primer número y en el suplemento cultural *El Ángel* del diario *Reforma*. Es autor de *Ridley Scott: la transparencia visual del cine* (Conaculta).

